

THE HORUS HERESY®

Dan Abnett

EL IMPERIO OLVIDADO

Una luz en la oscuridad



timunmas

EL IMPERIO OLVIDADO

THE HORUS HERESY®

EL IMPERIO OLVIDADO

Dan Abnett

timun**mas**

Título original: *The Unremembered Empire*
Traducción: Juan Pascual Martínez

Ilustración de cubierta: Neil Roberts
Mapas: Dan Abnett y Adrian Wood

Unremembered Empire, El imperio olvidado, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como * o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2013 por Black Library Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2013, 2014

© De la traducción Games Workshop Limited. 2014. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0334-3
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters
Depósito legal: B 13555-2016
Impreso en España por Romanyà Valls, S.A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Primero, las apariciones

*«Horacio dice que es nuestra fantasía,
y nada quiere creer
acerca de esa espantosa visión, vista por nosotros en dos ocasiones.
Por eso le he rogado que se venga
a la guardia de esta noche con nosotros,
para que si vuelve esta aparición,
pueda dar crédito a nuestros ojos, y le hable si quiere».*

—*Amulet, príncipe Dimarca*

(atribuido al dramaturgo SHAKESPIRE), alrededor de M2

Que los fantasmas acecharan a Macragge, después de todos los horrores que habían presenciado recientemente el planeta y los quinientos mundos que le eran leales, fue algo que no le sorprendió a nadie.

Los habitantes del dominio de los Quinientos Mundos de Ultramar habían sufrido la brutalidad de Calth, la cruel traición de Lorgar, con el inmenso baño de sangre que le siguió y la total destrucción galáctica provocada por la llamada «Tormenta de Ruina». Todas y cada una de esas miles de millones de almas se encontraban en estado de *shock* existencial. Los impresionantes sucesos habían dejado cicatrices psicológicas, heridas fantasmales que permanecían en la mente de las personas: traumas de guerra, tristezas y pérdidas personales, heridas físicas, rencores, resentimientos, trastornos de ansiedad, pesadillas en las que eran

engullidos por la disformidad, y otras secuelas inclasificables. Calth, el lugar de inicio, apenas dos años después, había acosado a los ciudadanos de Ultramar desde entonces con esos fantasmas. No, cuando las últimas apariciones se manifestaron, la única sorpresa fue que pudieran resultar tan reales.

Durante más de diez noches seguidas, los fantasmas deambularon por los torreones y los caminos de ronda de Ciudad Macragge, bajo la sombra de la fortaleza, bajo un cielo nocturno sin estrellas y de un permanente color rojizo, como una tela negra empapada de sangre, desde la llegada de la Tormenta dos años antes.

No brillaban estrellas, al menos ninguna que se viese con fuerza o que apareciese en algún mapa estelar. Incluso la más brillante de las cuatro lunas del mundo capital era apenas visible a través del oscuro remolino de la eterna tormenta de la disformidad. Los restos de la *Abismo Furioso*, la enorme nave de guerra de los Word Bearers, se podía ver a veces en los cielos orientales mientras las trituradoras orbitales hacían su trabajo, pero aquello no era más que una triste reliquia de la sangre derramada en el pasado. Durante el día, cuando la luz del sol caía sobre Macragge, solo se veía como a través de una empañada bruma dorada, como si atravesase el humo de un campo de batalla.

Caía sobre una ciudad fantasma: Ciudad Macragge, la Magna Macragge Civitas, la ciudad más grande del Oriente Imperial, tan poderosa que compartía el nombre del mundo en el que estaba situada, ya que la ciudad era el mundo y el mundo era la ciudad. Ocupaba las extensas llanuras de las tierras bajas, desde los picos de la Corona de Hera en el norte hasta el mar por el sur, y era una prueba del poder de la humanidad, y de un hombre en particular.

Las apariciones solo se manifestaban después de caer la noche. Se oían pasos en corredores vacíos por los que no pasaba nadie; murmullos de voces desde el interior de los muros de piedra o a los pies de las escaleras; algunas veces el sonido de unas pisadas presurosas que recorrían las desiertas columnatas; en una ocasión, se oyó el eco de una triste y extraña carcajada en una sala del odeón; más a menudo se oía la melodía de un instrumento de cuerda con arco que sonaba en algún lugar cavernoso de ecos eternos.

Esas manifestaciones las oían los guardias durante las noches de patrulla, los cocineros y los sirvientes, los agregados que acudían a conferencias a última hora del día, los limpiadores y los criados, los

senadores que visitaban la Residencia. Se oían por todas partes, desde el elevado castrum de la Palaeopolis, donde la Residencia, el Gran Senado y los cuarteles praecentales compartían la cima almenada con la inmensidad monolítica de la fortaleza de Hera, bajaban a través de las zonas habitadas del centro de la ciudad hasta los suburbios más bajos y los habitáculos de trabajadores en la costa sur, desde las zonas fabriles orientales, e incluso en los barrios miserables más allá del Muro Serviano al oeste.

Era posible que hubiese estado sucediendo a lo largo de varias noches antes de que alguien dijese algo por primera vez. Los empleados y sirvientes se habían vuelto tímidos y supersticiosos en ese nuevo período de oscuridad, y eran reacios a contarles a sus superiores lo que creían haber oído en alguna sala solitaria o en un ala desierta.

Sin embargo, el señor de Macragge, el Hijo Vengador, había dado órdenes estrictas de que se comunicasen todos los fenómenos extraños.

—Ya nunca más podremos confiar en la integridad física de nuestro universo —le dijo a Euten—. Sus leyes ya no funcionan de la manera en que creíamos que lo hacían. Todo lo que una vez pudo ser considerado como un truco de la mente o producto de la imaginación debe ser investigado y tomado en serio. La disformidad nos está alcanzando, señora, y aún no conocemos ni la mitad de todas sus caras. No volverá a tomarme por sorpresa de nuevo. No se infiltrarán entre mis fuerzas.

«Como hicieron en Calth». Eran las palabras que no había pronunciado al final de la frase. El Hijo Vengador rara vez se atrevía a pronunciar el nombre de ese querido planeta. Sus propios fantasmas le perseguían.

Euten envió la directiva del señor a todo el personal de la Residencia y de los oficiales públicos de la ciudad; pero, irónicamente, fue ella quien oyó, a la noche siguiente, el sonido de un instrumento de arco en una de las salas laterales de la casa de cuentas, donde no había nadie que pudiera tocar, ni ningún instrumento, ni ningún violín, ni tan siquiera se daban el espacio o las condiciones necesarias para producir el eco que hubiera acompañado la melodía.

Tras el informe de la chambelán, las historias se hicieron más frecuentes durante varias noches. Los espíritus aparecían en cualquier parte de Magna Macragge Civitas. Tenían un amplio radio de acción, pero el foco central parecía ser la Residencia, y los cuarteles y las zonas verdes adyacentes a ella. Vodun Badorum, capitán de la Guardia Praecental local, organizó expediciones para observar los sucesos y registrarlos, o incluso

enfrentarse a ellos, y además consultó con agentes del Astra Telepathica y del Mechanicum para pedirles asesoramiento y consejos.

El señor de Macragge estudió los informes a medida que llegaban y pidió a sus altos oficiales y a los consejeros más experimentados que lo asesoraran, en busca de alguna explicación que se pudiera apoyar en la ciencia, o al menos en aquellas partes de la ciencia humana que se aproximan a las inescrutables leyes de la disformidad.

Asimismo, convocó a Titus Prayto, centurión supervisor de la recién reincorporada Librarius de la XIII Legión. Después de Calth y tras las terribles pérdidas infligidas en la XIII Legión por la guerra psíquica y las malas artes de la disformidad, el señor de Macragge había derogado de forma inmediata el Edicto de Nikaea, que prohibía rigurosamente el uso de los psíquicos en las Legiones Astartes. El edicto representaba la voluntad del Emperador, y había sido de obligado cumplimiento como tal. Sin embargo, el señor de Macragge creía que había privado a su legión de su arma más eficaz en Calth.

La derogación fue decisión propia, y la tomó con total determinación. No había ningún hermano primarca con quien consultar, ni consejo al que convocar, ni padre a quien recurrir. El señor de Macragge, como la ciudad de Macragge, estaba solo en la oscuridad de la noche, asediado por tormentas que hacían imposible cualquier tipo de comunicación. El señor de Macragge, Roboute Guilliman, era su propia autoridad más que nunca.

Derogó el edicto, al menos mientras durase el estado de emergencia, por el bien de Ultramar. Ese ejercicio de autoridad fue la acción de un señor que creía ejercer el poder del mismísimo Emperador. Hasta ese momento, solo a Malcador *el Sigilita* se le había encomendado semejante autoridad, y había sido el regente imperial.

Y «regente» era una palabra que cada vez se pronunciaba en voz alta con menos frecuencia, y con más inquietud todavía que la palabra «Calth».

Titus Prayto, un gigante encapuchado y con armadura Mark IV de color azul cobalto, llegó a la Residencia directamente desde la sacristía del Librarius, que se había abierto al uso en el interior de la fortaleza.

Su señor esperaba en una sala elevada con vistas a la ciudad. El Hijo Vengador trabajaba diligentemente en un cogitador antiguo. Cerca de allí, su enorme mesa de granito estaba cubierta de papeles y placas. Los últimos rayos dorados y apagados de sol se colaban a través de las altas y estrechas ventanas. Caía la noche.

Prayto se bajó la capucha psíquica, se desabrochó el casco y se quedó de pie, con la cabeza descubierta respetuosamente y el casco bajo el brazo izquierdo, con las correas y los cierres colgando.

—Las apariciones caminan, Titus —dijo Guilliman, sin levantar la mirada.

—Sí, mi señor —dijo Prayto, asintiendo con la cabeza.

—Cada noche se oyen más pasos —continuó diciendo Guilliman—. Más murmullos. Y esa música. La música es una manifestación recurrente. Un instrumento, o instrumentos, de arco.

—Creemos que es un salterio, mi señor.

Guilliman alzó la vista con un repentino interés.

—¿Un salterio?

—Por el sonido y el tono. Una peculiar resonancia alta y aguda, aunque puede que haya más de un instrumento. Algunos tonos son más profundos, pero la calidad de la nota es la misma. Tal vez *mezzo* o bajo salterios, cuyas cajas de voz son de mayor tamaño.

—¿Todo esto lo sabemos por los testimonios orales? —preguntó Guilliman.

—No, mi señor. La pasada noche un sirviente de grado superior realizó una grabación de voz en la despensa del comedor oeste.

Guilliman se puso en pie.

—Nadie me ha informado. ¿La tienes?

Prayto asintió y activó el módulo de voz sujeto a su cinturón para reproducir el fragmento de audio.

Unos cuantos segundos de inquietante música quejumbrosa sonaron: unas notas altas y largas de calidad etérea.

La grabación terminó.

—¿La pongo de nuevo, mi señor? —le preguntó Prayto.

Guilliman negó con la cabeza. Su memoria era tal, que oírlo una vez fue suficiente para procesar todos los datos.

—Definitivamente es un salterio —afirmó—. El tono estaba en clave de do, aunque no reconozco la melodía. Entonces... se puede grabar.

—Sí, señor.

—Eso me tranquiliza un poco. Una intrusión psíquica o algún tipo de ataque de la disformidad en nuestra imaginación no dejarían ningún tipo de huella sonora.

—No, mi señor —contestó Prayto—. Parece que oímos sonidos físicos, que nos transmiten de algún modo. Eso explicaría por qué ni el

Librarius, ni el Astra Telepathica han detectado entre nosotros señal alguna de actividad psíquica o de cualquier otro tipo.

Guilliman asintió. Vestía las pesadas túnicas oscuras de un senador o de un cónsul, aunque cortadas para sentar bien a un nivel diferente de ser vivo.

—Siéntate —le dijo a Prayto, con un gesto de soslayo.

Titus Prayto dudó por un momento mientras decidía el lugar más apropiado para sentarse. La sala del señor formaba parte de una serie de habitaciones de la planta superior de la Residencia que, como Prayto bien sabía, fueron la residencia privada de Konor, el padre adoptivo del primarca. Lord Guilliman había cambiado muy poco la decoración. De las paredes aún colgaban pinturas de personas y sucesos significativos para la historia local de Macragge, pero que poco tenían que ver con la narrativa galáctica del Imperio.

El principal cambio que lord Guilliman había hecho durante las décadas en las que había ocupado el lugar fue deshacerse de la mayor parte del mobiliario de tamaño humano y reemplazarlo por objetos construidos para las dimensiones de un primarca: el escritorio, cuatro sillas, un reposapiés y un diván. Disponía de otros objetos proporcionalmente apropiados para la constitución física de los hermanos de batalla de las Legiones Astartes, y Prayto se sentó en una de esas sillas. La habitación, por tanto, contaba con tres magníficas piezas de mobiliario para el señor de Macragge o cualquiera de los consejeros o sujetos que le pudieran asistir. Colocados en la forma correcta, con una de las enormes sillas del señor en primer plano, un mueble adecuado para el tamaño de un miembro de la legión en una posición intermedia, y una silla de humanos colocada un poco más lejos, era posible engañar a la mente con divertidos trucos imposibles, ya que la aparente recesión del mobiliario sugería una distancia en la habitación que las paredes y el techo no ofrecían. Al invertir las posiciones la habitación parecía no tener profundidad ninguna.

—El eco —dijo Guilliman, de vuelta al antiguo cogitador de bronce colocado sobre su enorme mesa. Al igual que la habitación, el cogitador era herencia de su padraastro, Konor. En los viejos tiempos de Ultramar, antes de que el contacto con las flotas de cruzada de Terra trajera nuevas tecnologías, Konor había gobernado eficazmente el feudo desde esa habitación con ese instrumento producto de la Edad Dorada de la Tecnología—. El eco es parte del sonido —dijo Guilliman—. Esto es algo que han mencionado varios testigos sobre unas cuantas de las apariciones. La calidad del eco no es un producto acústico del ambiente.

—No, señor —coincidió Prayto—. La despensa del salón del oeste no produciría un eco como ese. He hecho que los adeptos del Mechanicum lo comprobasen.

—¿De veras? —preguntó Guilliman—. ¿Por qué?

—Porque sabía que vos habríais ordenado una prueba como esa si yo no lo hubiera hecho.

Una breve sonrisa de aprecio se dibujó en la boca del Hijo Vengador.

—Resolveremos este rompecabezas, Titus —dijo Guilliman.

—Lo haremos, mi señor. Con toda certeza.

—Tráeme cualquier nueva información directamente a mí, ya sea de día o de noche.

—Así lo haré, mi señor.

Prayto se puso en pie, intuyendo que su audiencia había acabado. Guilliman se dio cuenta de que el bibliotecario había estado observando, con cierto interés, los libros y las placas de datos apiladas en una mesa auxiliar.

—¿Lees, Titus? —le preguntó Hijo Vengador.

—Por supuesto, mi señor.

Guilliman contestó con un ligero movimiento de mano.

—No me has entendido. Por supuesto que sabes leer. Pero no me refiero a datos, actualizaciones tácticas o material de información. ¿Lees ficción? ¿Drama? ¿Poesía? ¿Historia?

Prayto mantuvo el rostro serio, aunque estaba desconcertado. Había momentos en los que el señor Guilliman de Ultramar parecía saberlo todo sobre cualquier cosa, con sorprendentes detalles, sin embargo, también podía tener la ingenuidad de un niño y no comprender detalles muy básicos de las personas y la cultura que le rodeaban.

—Sí, mi señor —dijo Prayto—. Como creo que alguien dijo en esta misma habitación, con motivo de la reanudación del programa del Librarius, nuestras mentes son nuestras principales armas, por lo que merece la pena ejercitarlas bien.

Guilliman se echó a reír y asintió.

—Yo dije eso —aceptó.

—He leído extensamente con tal fin —dijo Prayto—. Creo que las nociones y la sabiduría contenidas en la literatura y la poesía elevan mi mente hasta lugares a los que la lectura técnica no llega. Me gustan los ciclos épicos de Tashkara, y las filosofías de Zimbahn y Poul Padraig Grossman.

Guilliman mostró su aprobación con un leve movimiento de cabeza.

—Todo de la Era de la Unificación, por supuesto —dijo él—. Deberías explorar los clásicos. —Se acercó al otro lado de la mesa y cogió una placa de datos. Se la entregó a Prayto—. Esto te gustará.

—Gracias, mi señor.

Prayto leyó el título.

—¿*Amulet, príncipe Dimarca?*

—Es un drama, Titus. Un clásico, del segundo milenio o anterior. Una de las pocas obras conservadas de Shakespeare.

—¿Por qué este, mi señor?

Guilliman se encogió de hombros.

—Mi padre me hizo leerlo cuando era niño. Me acordé de él con todos los acontecimientos actuales, así que pedí que lo trajeran desde la biblioteca de la residencia. En el antiguo reino de Dimarca, los fantasmas caminaban por las almenas de los palacios, y son el presagio de un gran cambio social en la corte de aquel reino.

Prayto cogió placa con un gesto de aprobación.

—Seguro que me gustará —dijo.

Guilliman asintió y se volvió hacia su máquina de pensamiento frío. La audiencia había terminado.

¡Bip... bip... bip... biiiiip!

El cogitador tenía un tono de aviso un tanto extraño y corto. Era un dispositivo antiguo. Cada veinticinco segundos emitía el leve sonido para tratar de comunicar al Hijo Vengador que tenía nueva información disponible.

Guilliman no le hizo caso al ruido. No necesitaba que le informase de nada. Ya se había dado cuenta de por qué el cogitador trataba de llamarle la atención.

Una estrella. Una nueva estrella. La primera que se podía ver en el cielo nocturno de Macragge en los últimos dos años. Guilliman se sentó y miró a través de la ventana de la habitación a la estrella, que brillaba sola en el, por otro lado, feroz y turbulento cielo de la noche. Había apuntado su posición en una placa de datos: al este, baja en el horizonte, se elevaba entre los picos de Calut y Andromache. La había visto con sus propios ojos hacía quince minutos, tres minutos antes de que el cogitador comenzara con su zumbido persistente.

Konor —el gran Konor, rey guerrero— gobernó Macragge, tanto la ciudad como el mundo, desde esa habitación y con ese mismo cogitador. Por la noche, cuando los mecanismos de la burocracia dejaban de

funcionar, se sentaba allí a solas, donde controlaba el tráfico de datos y el flujo de noticias. Se sentaba en su escritorio de madera de teca, miraba a través de las ventanas y contemplaba su reino. Durante el día, Konor gobernaba Macragge desde la sala del senado. Por la noche, esa habitación fue el centro de su autoridad.

Guilliman recordaba todo aquello. Recordaba la majestuosidad de su padraastro, incluso cuando estaba descansando. De joven, Guilliman iba a la Residencia y veía a Konor sentado ante el cogitador durante horas, leyendo los informes del día y los paneles, repasando las instrucciones para el día siguiente y levantando la mirada cada vez que sonaba el motor de datos.

¡Bip... bip... bip... biiiiip!

Hasta que Guilliman llegó a Macragge, capital de los Quinientos Mundos de Ultramar, Konor había ejercido como hombre de estado, político y señor de la guerra. Nadie, ni siquiera Guilliman, podría haber imaginado cómo llegaría a eclipsarlo el hijo adoptivo de Konor.

Roboute Guilliman, un metahumano genéticamente mejorado, uno de los dieciocho existentes en toda la galaxia, había bajado a Macragge desde los cielos en un capricho del destino más allá de la comprensión mortal. Su padre de sangre, como se supo más tarde, era el Emperador sin nombre de Terra. Como a los dieciocho hijos, como a todos los primarcas, a Guilliman lo robaron de la sala de crianza genética de su padre y lo arrojaron al espacio. Nadie sabía realmente cómo se había llevado a cabo esa acción, ni por quién o por qué razón. Cuando se le insistía sobre el tema, y rara vez se le podía insistir en ninguna cuestión, el padre de sangre de Guilliman afirmaba que el rapto y la expulsión de sus descendientes primarcas había sido un acto de los Poderes Ruinosos de la disformidad, un acto pensado para frustrar los esquemas de la humanidad.

Guilliman no daba mucho crédito a todo eso. Le parecía una locura sugerir que su padre de sangre pudiera ser tan ingenuo como para dejarse engañar por el Caos de esa forma. ¿Y permitir que su descendencia manipulada genéticamente fuese robada y diseminada por alguna extraña dispersión?

Tonterías.

Guilliman creía que había un propósito más deliberado en el meollo de toda aquella cuestión. Conocía a su padre genético. Aquel hombre, y «hombre» era una palabra demasiado insignificante, poseía una mente que había concebido un plan universal, un plan que llevaría miles o millones

de años organizar y llevar a cabo. El Emperador fue el arquitecto de una especie. Los primarcas eran fundamentales para tal aspiración. El Emperador no los habría perdido ni habría permitido que los robasen. Guilliman creía que su padre había preparado o bien permitido la diseminación.

Dieciocho descendientes genéticamente diseñados a la perfección no eran suficientes. Debían ser probados y adiestrados. Dejarlos a merced de las mareas del espacio y esperar a ver quién sobreviviría y quién saldría adelante sería el proyecto de un verdadero iluminado.

Guilliman llegó hasta Macragge y fue criado como un hijo por el primer hombre de aquel mundo para ser gobernante, político y señor de la guerra. Cuando cumplió los doce años, resultaba evidente, por su estatura y sus habilidades, que Roboute Guilliman no era un simple hombre. Era un semidiós. Había sido puesto a prueba por las circunstancias, y siempre había salido airoso.

¡Bip... bip... bip... biiiip!

Solo doce años de edad, entra en la habitación por la noche, ve a Konor en su silla, el cogitador sonando, las ventanas sin cortinas. Solo doce años, y ya tan alto como su padrastro, y físicamente más poderoso; uno o dos años más y tendrían que fabricarle muebles, armadura y armas diseñados especialmente para él.

¡Bip... bip... bip... biiiip!

Konor creía en los imprevistos. Cualquier plan, sin importar lo perfecto que fuese, necesitaba un plan de apoyo. Guilliman creía que su padre de sangre pensaba eso también. Los imprevistos eran algo en lo que Konor y el padre de sangre de Guilliman coincidían. Los consejos que le darían habrían sido los mismos: no creer en la perfección, porque se puede arrebatar; tener siempre un plan alternativo con el que puedas sobrevivir; conocer siempre cómo se puede conseguir la victoria de un modo diferente; disponer siempre de la práctica para compensar cualquier imprevisto teórico.

El Imperio del Hombre era la más perfecta visión de unidad imaginable. El Emperador y sus descendientes habían pasado más de dos siglos haciendo que fuese posible. Si fracasaba... Si fracasaba, ¿era de los que caían en la desesperación? ¿Era un hombre que se bloqueaba y se arrojaba al universo para poner en peligro su plan?

O ¿se recuperaba y hacía frente al imprevisto?

¿Le demostraba al destino que siempre hay otra forma de hacer las cosas?

Horus Lupercal, otro de los dieciocho primarcas —pero según la opinión de Guilliman, no el mejor—, fue elegido como heredero entre los

descendientes y, en un miserablemente corto espacio de tiempo, demostró no ser digno. Se rebeló y volvió a algunos de los otros primarcas en contra de su padre genético.

La primera noticia que Guilliman tuvo de ese sacrilegio fue cuando los bastardos de Lorgar se volvieron en contra de los Quinientos Mundos, en Calth, y en la traición más oscura destruyeron por completo aquel planeta.

Vergonzoso. Atroz.

Habían pasado dos años, y ni por un segundo Guilliman dejaba de pensar en la traición de Lorgar y, por extensión, en la de Horus.

Guilliman se vengaría.

Sería una venganza sencilla; básicamente, el tipo de venganza que Konor le había enseñado con el afilado borde de un gladio.

¡Bip... bip... bip... biiiiip!

Había una nueva estrella en el cielo esa noche. Cien días atrás, Guilliman instaló el viejo cogitador de pensamiento frío para que le avisara de cualquier cambio estelar.

Guilliman sabía qué hacer si funcionaba. Si funcionaba. Esa noche, vio una estrella de inmediato. Se había sentado en su silla, junto al cogitador, mirando la ventana, del mismo modo en el que su padastro pasaba las largas noches.

La estrella.

Una luz.

Un faro.

Esperanza.

¡Bip... bip... bip... biiiiip!

Guilliman se inclinó y presionó el botón de cancelación para detener el persistente sonido.

Se oyó un golpe en la puerta de la habitación.

—Adelante.

Era Euten.

—Mi señor —comenzó a decir la vieja mujer.

—Ya la he visto, señora —dijo Guilliman.

—¿La... aparición? —preguntó ella.

Guilliman se puso en pie.

—Comienza de nuevo —dijo él.

Badorum, comandante de la Guardia Praecental, había reunido una escuadra de hombres de la guardia nocturna en el pasillo que conducía a

las galerías de cultivos hidropónicos. Para los estándares humanos, eran todos hombres grandes y fuertes, aunque parecían niños comparados con el primarca.

Badorum era un oficial experimentado y de mediana edad. Al igual que sus soldados, vestía de acero, plata y gris, con una pequeña capa de color azul cobalto. Su rifle de plasma era cromado y estaba en un estado impecable.

Euten, la chambelán, una frágil y delgada figura con una larga túnica de color blanco, abría el camino, acompañada de su personal. Guilliman la seguía, impaciente por llegar, pero lo suficientemente respetuoso como para caminar al ritmo de la anciana. Al acercarse todo era oscuridad, como si las luces estuviesen apagadas o se hubiese cortado el suministro de energía. La única iluminación provenía de las linternas y las luces de las viseras de los empleados domésticos, y del débil resplandor verde de la galería procedente del otro lado de la puerta.

Guilliman ya podía oírlo: un salterio, un salterio bajo, que esparcía sus tristes y puras notas largas en el aire de la noche. El eco era pronunciado. La galería hidropónica era un espacio amplio, pero Guilliman estaba seguro de que no podría haber producido ese tipo de eco. El sonido parecía proceder del corazón del mundo, como si se elevase desde un abismo tectónicamente hundido.

—¿Qué has visto? —preguntó Guilliman, ignorando los saludos arqueados que Badorum y la guardia nocturna le ofrecieron.

—Acabo de llegar, señor —dijo Badorum—. ¿Clenart? Tú estabas aquí.

El soldado dio un paso al frente y se quitó el casco respetuosamente.

—Estábamos patrullando, mi señor, y nos acercamos a esta galería cuando oímos el ruido por primera vez. Música, como ahora.

—Clenart, mírame —le ordenó Guilliman.

El soldado levantó los ojos para mirar al Hijo Vengador. Tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás.

—¿Viste algo?

—Sí, mi señor, así es —contestó el hombre—. Una gran figura de color negro. Parecía hecha de oscuridad. Emergió de entre las sombras y era sólida. Estaba cubierta de hierro, mi señor.

—¿Hierro?

—Metal. Tenía una armadura, incluso en la cara. No llevaba un visor, sino una máscara.

—¿Cómo era de grande? —preguntó Euten.

—Tan grande... —comenzó a decir el soldado. Se detuvo—. Tan grande como él, mi señora.

Señaló hacia el pasillo. Titus Prayto acababa de aparecer, escoltado por cuatro hermanos de batalla Ultramarines.

«Tan grande como un Space Marine de las Legiones Astartes. Un gigante, entonces».

—¿Otro avistamiento, mi señor? —preguntó Prayto.

—¿Puedes escanear el área? —preguntó Guilliman.

—Ya lo he hecho, pero lo haré de nuevo —contestó Prayto—. No hay ningún rastro psíquico por aquí. Los monitores pasivos se habrían activado mucho antes de que yo llegara.

—Pero ¿has oído la música, Titus?

—Sí, mi señor.

Guilliman extendió la mano. Prayto, sin dudar, sacó su bólter y lo colocó en la palma de la mano de su primarca. Guilliman comprobó rápidamente que estaba preparado y se volvió hacia la puerta de la galería. El arma era demasiado pequeña para su mano. Parecía una pistola.

—Mi señor... —comenzó a decir Badorum—. ¿No deberíamos ir delante de usted y...?

—Mantén tus posiciones, comandante —le interrumpió Prayto. No necesitaba leer la mente de su señor para estar seguro de la determinación de sus intenciones.

Guilliman se adentró en la penumbra verde de la galería hidropónica. El interior era cálido y húmedo. Las luces estaban encendidas en modo de ciclo nocturno. Le llegó el sonido del borboteo del agua que abastecía a los tanques, y el goteo suave de las esclusas. Había un penetrante aroma de hierba y de mantillo de hojas.

La fantasmagórica música sonaba con más fuerza en el interior, y el eco era más profundo e inexplicable.

Prayto siguió a Guilliman. Había desenvainado su espada de combate. Badorum lo seguía a él, con su rifle de plasma colocado en el hombro en posición de disparo.

—Yo no... —comenzó a decir Badorum.

Las sombras desaparecieron delante de ellos y una figura se alzó donde no había nada. Pareció emerger de la oscuridad como si hubiese aparecido a través de alguna cortina invisible.

—En nombre de Terra —resopló Guilliman.

La figura no era una aparición. Era real y sólida. Es más, la reconocía: la máscara de hierro, la sencilla armadura Mark III, la insignia de la IV

Legión Astartes. Guilliman conocía bastante bien el paso lento y achacoso que indicaban una enfermedad crónica e incurable. Era peor que la última vez que lo vio.

—Herrero de guerra Dantioch —dijo.

—Mi honorable señor —contestó Barabas Dantioch de los Iron Warriors.

—¿Cómo es posible que estés aquí, Dantioch? ¡Hace semanas que no llega ninguna nave! ¿Cómo puedes estar aquí sin que sepamos de tu llegada?

Guilliman se detuvo bruscamente. El saludo de Dantioch había estado acompañado de un eco diferente.

—La última vez que tuvimos noticias tuyas, estabas a medio segmento de distancia, en la Franja Este, en Sotha —dijo Guilliman.

—Sí, mi señor Guilliman —contestó Dantioch—, y todavía lo estoy.